

# Ofelias



Aida Bahr

# OFELIAS



EDICIÓN ORIGINAL  
Editorial Letras Cubanas.  
La Habana, 2007.

PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA  
Abril de 2011

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta  
© DEL TEXTO: Aida Bahr

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.  
San Isidro, 35 1º A  
Apartado 78  
31300 Tafalla NAFARROA  
Tfno. 948 703 934  
Fax 948 704 072  
txalaparta@txalaparta.com  
www.txalaparta.com

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA  
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN  
Monti

IMPRESIÓN  
GRÁFICAS LIZARRA S.L.  
Tafallako bidea, 1 km.  
31132 Villatuerta - Nafarroa

ISBN  
978-84-8136-614-3

DEPÓSITO LEGAL  
NA. 1.276-11

txalaparta 

A Jorge, con todo el amor que no alcancé a darle.  
A David y Daniel, siempre.

UN RONQUIDO. BAJO, RÍTMICO, NÍTIDO. INCONFUNDIBLE. Alguien ronca a su lado. Debería abrir los ojos, pero aprieta los párpados. Su corazón también se encoge y durante un segundo interminable todo su cuerpo se suspende y se enfría. La opresión en el pecho la obliga a respirar de nuevo, a tratar de expulsar con el aire un poco de ese miedo que la ha llenado hasta pinchar por debajo de su piel. El ronquido sigue. Inalterable. «Virgen bendita», piensa, aunque no cree en vírgenes. Respirar. Esforzarse en pensar, o mejor, en despertarse, porque esto tiene que ser una pesadilla. No sueña con sonidos, ¿o sí? Intenta recordar diálogos, música, en alguno de sus sueños memorables; con eso acaba por convencerse de que está despierta. Y alguien ronca a su lado. Un sudor frío ha comenzado a invadirla y el mareo amenaza con convertirse en náusea. Se concentra en permanecer inmóvil; pese a todo, un movimiento podría interrumpir el ronquido, ese alguien, que hasta ahora solo anuncia su presencia, puede despertar. Su terror es tan total que no logra traducirse en pensamientos lógicos, apenas un instinto de quedarse quieta, esperar; tal vez si espera lo suficiente llegará el amanecer. He ahí una idea, se aferra a ella. Le da el alivio y la coherencia suficientes para percatarse de su

estupidez. El ronquido es absolutamente real. Continúa bajo y pausado, con la regularidad del hábito. Ese alguien existe, está ahí, a su lado, en la cama, y también despertará al amanecer. Y si despierta, ¿qué hará ella? ¿A quién pedir auxilio? No hay nadie en la casa y las puertas y las ventanas tienen rejas, ¿cómo podrán entrar los vecinos si escuchan sus gritos? Se le escapa un sollozo perfectamente audible y el ronquido se deforma y se fractura. Muerde sus labios para retener el grito, el corazón bombea frenético y sus latidos son tan fuertes que parecen amplificarse en toda la habitación. Se encoge como un recién nacido que ansía regresar a la protección del vientre de la madre. Después de unos segundos hay un carraspeo y el ronquido se reanuda acompasado. Su cuerpo se afloja mientras lo escucha repetirse; la cabeza le da vueltas y, sin proponérselo, abre los ojos. Destellos de una luz incierta se reflejan en la caoba del armario. Es una visión acostumbrada: se despierta mucho en la noche para ir al baño. Si mira a la derecha verá el bulto de ropas colgadas del gancho en la pared, pero no se atreve a hacerlo: dan la impresión de una persona de pie junto al armario; no se siente capaz de soportar esa imagen, aun sabiéndola falsa. Si se endereza un poco verá la mesita de noche donde hay una lámpara que hace tiempo no funciona. De todas formas no intentaría encenderla. Todos sus músculos están agarrotados. Si se creyera capaz de hacer algo, se dejaría caer de la cama para arrastrarse hasta el baño, cuya puerta tiene un pestillo por dentro. Encerrada ahí podría gritar, llamar... ¿a quién? Descubre que no puede recordar los nombres de sus vecinos, ni siquiera el suyo propio. El miedo es una mano gigante que la sofoca. «Dios, Dios», es todo lo que logra pensar, pero en el fondo sabe que eso tampoco significa nada, Dios no vendrá en su ayuda. «Mamá», piensa. Si fuera una de sus pesadillas de niña, la madre vendría a despertarla y abrazarla, solo que ahora su madre está muerta y ella no duerme. El ronquido se lo recuerda a intervalos sostenidos. Además, sus ojos distinguen ahora los objetos con mayor precisión.

Aprecia la forma de la agarradera de la puerta del armario y el rasguño en la madera; si baja la vista puede reconocer las puntas de sus chancletas sobre las losas opacas del piso. Es su casa, su cuarto, su cama, sus sábanas... el ronquido se interrumpe y la cama se estremece con el movimiento de un cuerpo que no es el de ella. El grito se le ahoga en la garganta; a su espalda llega, tenue pero reconocible, el aliento del extraño. Unos instantes más tarde el ronquido se sincroniza con el soplo cuyo roce ha terminado por paralizarla. Si diera la vuelta vería su rostro; no le caben dudas de que es un hombre, y un hombre grande y corpulento. Su cara puede ser vulgar, también monstruosa, peor aún, si se arriesga a mirarlo, tal vez no pueda apartar luego la vista y, al sentirse observado, él podría abrir los ojos. Esa sola idea le hace cerrar los suyos con fuerza. Nuevamente las tinieblas, la oscuridad interior. Se esfuerza en razonar para recuperar el control de sí misma. Quienquiera que sea el que duerme a su lado tiene que haber utilizado una llave para entrar a la casa, porque forzar las rejillas y la madera habría hecho ruido; además, ¿quién va a entrar por la fuerza en una casa para luego acostarse a dormir a pierna suelta junto a la dueña? De modo que tiene una llave, o se introdujo en la casa durante el día, mientras ella iba al mercado, o conversaba en la puerta con una vecina. Eso, entró por el patio y esperó la noche escondido en algún lugar, quizás en el cuarto de la madre que permanece cerrado, excepto en los días de limpieza general. Pensar que podía haber pasado horas siendo observada, espiada incluso en el baño a través de las hendiduras de la puerta, termina por enloquecerla. Está cubierta de un sudor frío y pegajoso, la cabeza le da vueltas y los oídos le zumban como si un enjambre de abejas la rodease. ¿Por qué está pasando esto? ¿Qué quiere este intruso que, en vez de robar lo poco de valor que hay en la casa, se acuesta a dormir a su lado? El ronquido cesa abruptamente. Un brazo cae pesado sobre su cuerpo y una mano enorme ciñe su cintura y la hala hacia atrás. Ha sido tan repentino que ni siquiera atinó a gritar. Su espal-

da está ahora pegada a un pecho caliente y velludo, siente la dureza incómoda de las rodillas del hombre encajadas en sus piernas, pero sobre todo siente el hincón duro y amenazante contra sus nalgas. La mano se mantiene apretando su cintura y medio se desliza al bajo vientre para obligarla a iniciar un movimiento de rotación de las caderas, mientras la otra mano se enreda en su pelo y le alza la cabeza lo suficiente como para colocar el brazo abultado bajo su cuello. Se le escapa un sollozo y con una voz ronca y desfigurada, que no reconoce como suya, logra decir: «No, por favor». El aliento que rozaba su espalda se ha adueñado de su oído y una voz espantosamente desconocida susurra: «Vamos, nena, no seas bobita». La mano de arriba manosea sus pechos y la de abajo trata de subirle el ropón y bajarle el blúmer. Se escucha a sí misma repetir: «por favor, por favor», entre los jadeos del hombre que cada vez se excita más, que ahora hunde sus dedos entre los labios de la vulva y frota, un roce que le resulta áspero y doloroso. «Me duele, me está lastimando», murmura ahogada por la presión del brazo cruzado contra su garganta. «Vamos, mi niña rica, ponte suavcita, vamos a gozar los dos, anda». Ella clava sus uñas en el colchón, se muerde los labios para aguantar el ardor, más que dolor, que la penetra. Las manos del hombre se mueven hacia arriba y hacia abajo. Los huesos del hombre la pinchan y magullan por todas partes, las rodillas metidas entre sus piernas, el codo encajado contra su hombro. Le duelen los pechos amasados con ferocidad, la oreja que el hombre muerde y chupa cada vez con más ansias, pero sobre todo la quema y desgarran ese punzón violento clavado en su interior. Él sí se estremece y la hunde contra sí con más fuerza mientras balbucea: «Así, así, eso». Ella siente que va a desmayarse, una nube la envuelve y la aleja, su cuerpo queda abandonado en la cama, flojo, inerte. El hombre se sale sin más ceremonias y ella lo siente halar la sábana de taparse, que en el forcejeo se ha hecho un rollo a los pies de la cama; cuando él vuelve a desplegarla, ella percibe contra su pierna una zona húmeda y pega-



josa. Casi le sorprende la minuciosidad de sus sensaciones: es consciente de cada centímetro de su piel, pero a la vez, su cuerpo parece estar muy distante. El semen gotea lento y viscoso por su muslo y el ardor en su interior se ha aminorado hasta convertirse en un dolor sordo y difuso. Ya no tiene ganas de llorar. Ni siquiera tiene miedo, apenas un cansancio muy grande, un vacío que es mucho peor. Junto a ella el hombre da vueltas sin lograr acomodarse, carraspea, pateo la sábana. No le sorprende ni le importa. Ha dejado de ser ella para convertirse en un cuerpo que un desconocido puede usar. Cuando el ronquido se reanuda comprende que nunca estuvo tan sola. Los minutos van pasando lentos, indetenibles. No espera, no hay nada que pueda esperar. Sus ojos están fijos en el bulto de sombras proyectado por la ropa colgada del gancho en la pared. Cuando la claridad gris que se filtra entre las persianas le permite distinguir la camisa de cuadros y el pantalón enfangado, sus únicos sentimientos son la ira y el agobio, por el esfuerzo que tendrá que hacer para lavarlos.

EL TEATRO ESTABA LLENO y había incluso gente de pie en el pasillo. Alguien pronunciaba un discurso, pero Dalia no llegaba a distinguir las palabras; le dolía la rodilla y por alguna razón no lograba enderezar la cabeza. A su lado, Estela exhibía una sonrisa de puro éxtasis, como si estuviese disfrutando un orgasmo; era muy irritante, sobre todo porque Dalia, por la causa que fuere, estaba allí con el cuello torcido, sin poder dejar de mirarla. Los murmullos cesaron y, aunque no recordaba haberlo escuchado, tuvo clara conciencia de que habían dicho su nombre. La llamaban. Todos los rostros, incluido el de Estela con su sonrisa de deleite, estaban vueltos hacia ella. Era su turno, esperaban que avanzara hacia el escenario y hablara, pero, ¿sobre qué? La angustia comenzó a crecer en su pecho mientras intentaba pensar en qué decir, con coherencia, profundidad, un discurso académico, por favor, que nadie fuera a reírse, que dejaran de mirarla...

Despertó bañada en sudor y con una contracción tal en los músculos del cuello que necesitó darse masajes. Con esfuerzo pudo sentarse en la cama y se contempló en el espejo de la cómoda: «Doy pena», pensó, «mamá tiene razón, qué hombre va a querer despertar con una mujer así a su lado». Estuvo a

punto de dejarse caer de nuevo en la cama, pero recordó que Alex no había llegado la noche anterior cuando ella decidió acostarse, casi a las dos de la mañana, de modo que se puso de pie y fue a asomarse al cuarto del hijo. Dormía en calzoncillos sobre el cubrecama que no se había molestado en retirar. Las ropas regadas por todo el cuarto lo hacían parecer el escenario de una batalla. Respiró aliviada y regresó a su habitación a cepillarse el pelo.

Al salir del baño oyó la voz de la madre refunfuñando en la cocina. Refrenó el conocido impulso de retroceder y salir corriendo a la calle. Después de todo se trataba de la rutina cotidiana y el olor del café le llegaba apelativo, insistente. La madre estaba inclinada sobre el fregadero y mostraba, como siempre, el hombro derecho por fuera de la bata, la tela floreada colgando floja sobre la piel arrugada del brazo. Aunque se había vuelto hacia ella al sentirla entrar, no la miró exactamente, sus ojos parecían detenidos en el verde almanaque donde una joven en bikini hacía propaganda a la cerveza Cristal, justo a la altura de la cabeza de Dalia, ahora parada en la puerta.

—A las cuatro llegó, y borracho como un perro. Quisiera saber qué piensas hacer.

Le pareció como si una tonelada de plomo hubiera aparecido de pronto sobre sus hombros. Pensé en decir, casi lloriqueante, «mamá, por favor, por un día en la vida...», en lugar de eso escuchó su voz en un tono perfectamente normal.

—¿Hay café?

La madre no respondió. Tampoco ella esperaba respuesta. Avanzó hacia la cafetera y se sirvió en una de las tacitas colgadas sobre la meseta. El calor en su mano, el vapor ascendiendo hasta su nariz, la visión del líquido oscuro y humeante, todas fueron sensaciones tan agradables que por un instante la tensión de sus hombros se aflojó y las saboreó incluso antes de llevarse el café a los labios. Solo le había dado el primer trago cuando volvió a oír a la madre.

—Tienes que hablar con él.

Se forzó a beber de nuevo, pero el disfrute había desaparecido.

—¿Me oíste? Tienes que hablar con él.

—Sí, mamá, cuando venga hoy de la universidad.

—¡No me digas!

Ahora sí la miraba; se había vuelto de frente y la taladraba con los ojos mientras su mano esgrimía el estropajo de fregar. Lo agitó como una bandera.

—¡Me tienes más aburrída con ese cuento! Cuando vengas de la universidad ya él se habrá ido de parranda. Espera a que se despierte y habla con él ahora.

Dalia dejó la tacita a medias sobre la meseta. Había unos trozos de yuca y un gran cuchillo junto a la cazuela abollada. El filo del cuchillo brillaba y pensó que su madre debía haberlo amolado unos momentos antes. Recordó que cuando Alexis lo trajo ella se había quejado de que era demasiado grande y, por lo mismo, peligroso; en cambio la madre se mostró encantada con él: «Al fin hay un cuchillo decente en esta casa». Se dio cuenta de que la madre estaba hablando y se esforzó en prestarle atención.

—... martes no tienes clases.

Era martes, sí, y sí, los martes no tenía turnos de clase, pero hoy era la reunión del departamento. A las nueve. Miró el reloj de pared y, como de costumbre, su ridícula forma de dos corazones entrelazados por una flecha la agobió tanto que demostró unos segundos en descubrir que eran casi las ocho.

—Necesito desayunar, mamá, tengo reunión a las nueve.

Se fue apurada a su cuarto y, por espacio de diez minutos, luchó con faldas y blusas que se le resistían y terminaban por mostrarse arrugadas, o faltas de un botón, o con algún descosido. Al final regresó a la cocina vistiendo su viejo jeans y el pulóver amarillo que con tanta suavidad se acomodaban a su cuerpo. La madre había puesto un vaso de yogur sobre la mesa y un pedazo de pan con tomate. Estaba de pie junto a los alimentos, como para evitar que se les posara alguna mosca, aun-

que por la expresión de su rostro más bien se diría que la esperaba para arrojárselos.

—¿Piensas ir a la universidad vestida así?

No le contestó. Se sentó y comenzó a desayunar en silencio, mientras elevaba una plegaria indefinida para que su madre regresara al fregadero. Nadie la escuchó.

—Te confundirán con la que limpia el piso. Por eso le dieron a Estela el viaje a España.

Tragó con esfuerzo el pan y bebió un poco del yogur que se le antojó una masa viscosa y ácida.

—Tendrán miedo de que no te presentes a la altura de una profesora universitaria.

La mano que llevaba el pan a la boca se detuvo. Levantó los ojos para enfrentar a los de la madre.

—No hables basura, la única clase evaluada de Excelente por la inspección fue la mía.

La otra tomó asiento frente a ella.

—Para lo que te sirve.

Dalia sintió de nuevo deseos de llorar.

—Mis alumnos me consideran la mejor profesora del departamento.

La madre asintió y puso ambos brazos sobre la mesa con las manos unidas.

—Eres tan buena que das tres asignaturas básicas de los primeros años cuando tus compañeros dan una de los años superiores. No te pueden mandar de misión al extranjero porque dependen de ti; se van los vagos y los incompetentes con tus clases elaboradas y vienen con el mérito del internacionalismo. Llega un viaje a España y resulta que tiene que irse Estela porque es quien necesita prepararse.

Dalia había dejado de comer y se esforzaba al máximo por cerrar los oídos además de los ojos, por borrar todo a su alrededor, pero el rostro de su madre seguía bailando ante ella y las palabras le llegaban inevitables:

—Eres tan buena y tan sacrificada que perdiste a tu marido y vas a perder a tu hijo por una universidad de mierda donde te humillan y se ríen de ti.

Algo estaba a punto de reventar en su cerebro cuando llegó el silencio, un silencio profundo y consolador. Su madre había desaparecido y ella podía descansar, quedarse quieta, casi como dormida. Olvidarlo todo, ver simplemente la luz del sol fraccionada por las tablillas de la persiana, los mosaicos de la cocina con sus vetas blancas sobre fondo gris, los azulejos de la meseta con sus grietas y ralladuras. Flotar. Un latigazo en su mano y un grito que debía haber sido suyo.

—¡Ay Dios mío!

Su madre armada del cuchillo: el filo brillante manchado de sangre goteaba sobre la meseta, grandes gotas que no podían salir del cuchillo. Los ojos de su madre extrañamente oscurecidos.

—¡Nunca más hagas eso! A ver, lávate la mano para vendarte.

La sangre goteaba de su mano, la mano derecha que Dalia apretaba con la izquierda para contener los labios de la herida; al dejar de hacer presión volvió el dolor y la sangre manó más rápida. La invadió el mareo, la náusea. Se preguntó qué podía haber hecho para que pasara algo así, pero ya la madre había tirado el cuchillo al fregadero y se apoderaba de su mano para ponerla bajo el chorro de agua, la frotaba sin la menor consideración a su debilidad, a su dolor, luego la envolvió en una servilleta.

—Debes ir al hospital, a lo mejor hay que cogerte puntos.

Pensó que la madre debía sonar arrepentida, pero no era así. Sonaba irritada y nerviosa; se movía de un lado al otro, sin alejarse del fregadero, las manos prestas a tomar de nuevo el cuchillo. Fue el miedo, más que el dolor, lo que la hizo encojerse.

—Tengo que irme o llegaré tarde a la reunión.

Casi le pareció un triunfo salir de la cocina donde quedó la madre con aire perplejo. El sol y la gente la sorprendieron cuando salió a la calle. Fue consciente de que en el apuro había olvidado peinarse y hasta lavarse los dientes. Regresar era imposible. «Me odia, Dios mío, ¿cómo puede odiarme si soy su hija?».

Caminó dando tumbos hacia la parada de la guagua. Dos cuadras en las que normalmente todos eran conocidos que intercambiaban saludos con ella; esta vez no distinguió voces ni rostros. Quiso saber la hora y descubrió que también había olvidado el reloj sobre la cómoda. La mano le dolía; una mancha oscura comenzaba a aparecer en la tela blanca. Comprendió que estaba a punto de desmayarse y desvió la vista hacia los árboles sembrados al borde de la acera; inspiró el aire profundamente y lo dejó salir por la boca con lentitud; repitió la operación varias veces y su cabeza recuperó algo de estabilidad, aunque todavía se sentía débil, mareada, cuando la camioneta se detuvo y la gente se arremolinó a su alrededor. No hizo el menor intento de acercarse. Observó el forcejeo de quienes intentaban subir como si se tratase de hormigas bajo una lente de aumento. La camioneta arrancó ruidosa, envolviendo todo en el humo del escape y a ella le invadió una flojera tal que se dejó resbalar hasta quedar sentada en el bordillo. Con la mano izquierda sostuvo la derecha a la altura de la garganta, apoyada incluso en las sobresalientes puntas de sus clavículas. Así no podía ver la mancha de la sangre en la tela, en cambio le llegaba el olor, tan repulsivo que la náusea volvió a dominarla.

Alguien la tocó en el brazo. Dos o tres personas se inclinaban sobre ella y le hablaban, pero no lograba entender lo que decían. Un hombre la levantó y la sujetó. Vio a una mujer hacer señas a una máquina que pasó veloz, ignorándola. Con gran esfuerzo consiguió reenfocar su cerebro y oyó a alguien decir: «¡Dime tú, y ahí viene la guagua!». Se las arregló para sonreír a medias.

—Yo voy para la universidad.

—Debiera ir al hospital, usted está mal.

Quien hablaba era el hombre que la sostenía abrazada. Era agradable su contacto fuerte y protector. La sonrisa se hizo un poco más amplia y definida.

—Es solo que me corté, y no soporto ver sangre.

La guagua llegó y todos, menos el hombre, se apresuraron hacia la puerta.

—¿Está segura de que quiere ir a la universidad?

—Sí, ya me siento mucho mejor.

El hombre movió la cabeza dudoso, pero la ayudó a acercarse a la puerta de la guagua y subir los escalones. Alguien le dio un asiento, tal vez por ver que necesitaba auxilio para caminar. El aire que entraba por la ventanilla la reanimó. Hubiera deseado que el recorrido fuese largo, eterno incluso. Por desgracia, el edificio de la universidad apareció casi enseguida y no tuvo más remedio que levantarse. La ayudaron a bajar, pero luego se halló sola bajo un sol que parecía de mediodía. Todos caminaban rápido hacia la entrada del Rectorado y Dalia volvió a sentir deseos de llorar. Alguien que iba en dirección contraria la saludó desde la acera del frente. Eso la decidió a caminar.

Un hombre chapeaba la yerba en la entrada de la universidad. Tenía la camisa abierta y los pantalones arremangados dentro de las botas de goma. Justo en el momento en que Dalia comenzaba a ascender el declive hacia la marquesina, se incorporó y se volvió hacia ella. El sudor corría por la cara y el cuello del hombre y su respiración era jadeante. Aunque medaban unos metros entre ellos, a Dalia le llegó un olor agrio que sin dudas provenía de él. Entonces se percató de que el hombre a su vez la olía, olía la sangre que seguía empapando su mano. Vio cómo se dilataban las ventanas de la nariz al aspirar, como una fiera olfateando la presa. Muchos años antes, en el zoológico, siendo todavía una niña, había visto un tigre, agazapado y tenso, listo para saltar, seguir con la mirada al cuidador que conducía un infeliz penco rumbo al matadero. Su impresión fue tal que empezó a llorar, de lástima y de miedo.



Ahora el hombre adelantaba la cabeza y movía nervioso la mano armada del machete. El terror la invadió, le dio fuerzas casi para correr hacia la marquesina donde se producía el tra-siego habitual de estudiantes y trabajadores entrando y saliendo, gente, personas con las cuales confundirse, barreras para impedir que el machete la alcanzara.

El mundo pareció alejarse, amortiguarse, escuchó murmullos y un claxon sonando insistente. Distinguió un grupo a la entrada de la biblioteca que le hacía señas a alguien; todo estaba envuelto como en una niebla. No supo cuánto tiempo había pasado cuando esa bruma se disipó y se encontró sentada en el banco de entrada de la facultad. Una muchacha de cara conocida la observaba desde la puerta. Se sintió incómoda y trató de enderezarse.

—Ya sé —le dijo—. Parezco la que limpia el piso.

La muchacha reaccionó como si solo hubiese estado esperando una señal.

—No diga eso, profesora, es que tiene sangre en el pulóver.

Se miró, las manchas oscuras se destacaban en la tela amarilla. Levantó la mano; la venda estaba empapada por completo, pero no se veían caer gotas. La muchacha estaba junto a ella.

—¿Quiere que la acompañe al médico?

Negó con la cabeza.

—Me haría falta lavarme.

—Venga, yo la ayudo.

Fueron hasta el baño donde la estudiante le mojó el borde del pulóver y lo restregó enérgicamente hasta hacer desaparecer las manchas. Dalia se echó agua en la cara y el cuello y consiguió sonreír. La muchacha sacó entonces un pañuelo de su mochila y trató de desatar la servilleta ensangrentada, pero el dolor hizo que Dalia se doblara y retirara la mano. La alumna tuvo un gesto de disculpa y utilizó entonces el pañuelo para cubrir la tela manchada. Se sintió conmovida.

—Muchas gracias. Te traeré otro.

La joven sacudió la mano en el aire.

—Ese ya está viejito. Lo que debería hacer es ir a la enfermería, para que la curen bien.

Dalia recordó en ese instante la razón de estar allí.

—Tengo reunión de departamento.

Se sentía casi normal, de modo que volvió a dar las gracias a la alumna y salió del baño. Pudo subir los tres pisos de escalera y dirigirse al departamento sin tener más que un vago mareo. Tras la puerta cerrada se oían las voces de los reunidos. Empujó la puerta con la mano sana y se deslizó al interior. Quien hablaba dejó de hacerlo y todos la contemplaron desde sus escritorios. Dalia sonrió y atravesó el salón para ocupar el suyo al final, junto a la ventana. El jefe de departamento habló con voz ácida.

—La reunión se citó para las nueve.

No respondió hasta llegar a su asiento.

—Tuve un accidente.

El jefe instó a quien estaba en uso de la palabra a continuar, pero Dalia no escuchó porque Tony, su vecino de escritorio, se inclinó hacia ella.

—¿Qué te pasó?

Tuvo como un flash la visión de su madre empuñando el cuchillo ensangrentado y el corazón se le encogió en el pecho. Hizo un gesto para indicar que no podía responder en ese momento y sus ojos se llenaron de lágrimas. Tony le apretó el brazo comprensivo y se volvió de frente hacia la reunión. A ella le tomó algún tiempo serenarse. Se concentró en los grupos de estudiantes que pasaban allá abajo ante la ventana. Trató de poner la mente en blanco. La mención de su nombre la trajo bruscamente a la realidad. Era Tony quien lo había dicho, y sonaba irritado. El jefe de departamento le respondía casi con displicencia.

—Porque alguien tiene que impartir la asignatura.

—¿Y por qué no Yanetsy, que es del colectivo? —contestaba Tony con el mismo tinte de furia en la voz.

—Porque Yanetsy empieza ahora el doctorado y no podemos sobrecargarla.

Tony se puso de pie como si no pudiera dominar la irritación.

—Pero es que Dalia también está haciendo su doctorado y no veo que la liberen de nada.

El jefe de departamento sonrió al responder.

—Pero Dalia tiene más de 35 años y hace el doctorado por la libre, de modo que no se le puede liberar de la docencia.

La voz de Estela se dejó escuchar desde su rincón con su acostumbrada cadencia despaciosa.

—A fin de cuentas, Tony, ya Dalia impartió esa asignatura hace dos años, la tiene montada, ¿por qué no dejas que diga ella misma si está dispuesta o no a impartirla?

Todos se volvieron a mirarla. Como en el sueño, tenía que ponerse de pie y hablar. ¿Qué iba a decir? Se levantó con lentitud mientras trataba de reconstruir en su cerebro las frases recién pronunciadas, de encontrar una pista. Los miró a todos y el sudor comenzó a brotar por cada poro de su cuerpo.

—Tengo algo muy importante que decirles –comenzó. Hizo una pausa antes de repetir–. Algo muy importante.

Miró hacia fuera como si esperase encontrar en el aire un letrero apuntándole las palabras. En medio de la plazoleta estaba el hombre con el machete, de pie, la vista clavada en las ventanas. Apartó la cabeza como si se hubiese quemado los ojos; en el departamento todos la miraban y había una expresión malévola aflorando en sus rostros.

—Estamos esperando eso tan importante que tienes que decirnos.

Ironía y odio en la voz del jefe; habían sido compañeros de curso toda la carrera. ¿Por qué la odiaría? ¿Y su madre? ¿Y Alexis, que la había dejado? ¿Y Alex también la odiaría? ¿Qué querían que hiciera? Abrió la boca y movió los labios sin saber para qué. Pensó en pedir que no la entregaran al hombre del machete. Levantó la mano y comprobó que la sangre comen-

zaba a traspasar la blancura del pañuelo de su alumna. Llegó la mano al pecho y empezó a encogerse sobre sí misma, a resbalar hacia el suelo. Algo la sujetó, ella giró los ojos pero no distinguió sino luces sobre su cabeza. Su último pensamiento fue que no debían llevar animales al sacrificio en los días de visita.